

ciones de la fea excrecencia. Ya casi la tenía desprendida, cuando la vaca, que parecía resignada con su suerte, dió de pronto un empuje desesperado y supremo, logró soltar las patas, derribó de una patada el sombrero de copa alta del algebrista y echó á correr furiosa. Ciega por el terror, fué á batir contra la muralla del emparrado, donde la alcanzó Perucho. La agarró del rabo primero, luego la cogió por los cuernos, y á remolque y á empujones y á puñadas la trajo otra vez á la clínica. El señor Antón acusaba á la moza de no valer nada, de haber alojado la pata; y Manuela, con los ojos brillantes y la sonrisa en los labios, se ofrecía á sustituir ventajosamente á la aldeana.

—¡Jesús, alabado sea Dios, qué valiente de señorita!—tartamudeó la Sabia, apareciendo en la puerta.

—Las que nos criamos en la montaña...—murmuró la niña, arrodillándose y ciñendo con ambas manos, no muy blancas ni nada endebles, el corvejón del animal.

—No hay cosa como las montañesas—declaró dogmáticamente el atador, encasquetándose otra vez su abollada bomba, sin la cual, al parecer, no era dueño de todos los recursos de la ciencia quirúrgica.

—Remángate, Manola—aconsejó, sin volver la cabeza, Pedro;—si no, vas á ponerte perdida.

Notando que él no la miraba, Manolita se remangó. Los chiquillos, rubios como el cerro, que presenciaban la operación abortos, con la

pupila dilatada y chupándose el dedo índice, quisieron también cooperar al buen resultado, y vinieron á poner cada uno una manita en los corvejones de la mártir. Poco duró el suplicio. El señor Antón, con su rapidez y maestría acostumbradas, arrojaba ya triunfalmente hacia el campo más próximo una masa sanguinolenta é informe, que era el núcleo del lobanillo y su aureola de raíces. Entre un furioso y desesperado bramido de la vaca al sentir la pez hirviendo que le abrasaba los tejidos, y un *¡carraspo!* del algebrista, que se levantaba vencedor, se acabó la operación, y la víctima fué de nuevo encerrada en el establo. Echáronle en el pesebre un brazado de fresca hierba, y á poco su hocico húmedo, del cual se desprendía un hilo de baba, rumiaba con fruición la dulce golosina.

### III

Sin embargo, aún le quedaban al señor Antón deberes facultativos que llenar en aquella casa. Le presentaron un ternero que andaba malucho de desgano y rehusaba las cortezas de pan y la hierba más apetitosa. Le abrió la boca al punto, sacóle de través la lengua, y declaró que tenía *el piojo*. Pidió los ingredientes de sal y ajo, que metió en una bolsita de lienzo; mo

jóla en vinagre, y frotó con ella los bordes de la lengua, para levantar las escamillas en que consistía el mal: sacó luego del bolsillo-estuche unas tijeras de costura, y cortó las escamas, dejando al choto en disposición de zamparse todos los prados comarcanos. Tras el ternero vino un buey, cojo de la mano derecha: el doctor reconoció que tenía *el pulgón* y que era preciso meterle entre la pezuña un puñado de pólvora amasada y prenderle fuego. El caso era que no se encontraba pólvora allí.

—Que vayan por ella á los Pazos—exclamó servicialmente Perucho.

—Mientras van y vuelven llega la noche, señorito—exclamó el atador—y de aquí á Boán hay camino. Ya pasará por aquí mañana ó pasado lo más tarde, que me cumple verle la yegua al señor Angel. No hay duda, que no muere el buey por eso.

Quedó aplazada la voladura del pulgón, pero no consintió la Sabia en que se partiese el algebrista sin *tomar un táco y echar un cloris*. Limpiándose el copioso sudor con el pañuelo de hierbas, sentóse el señor Antón á la mesa, ante el zoquete de pan de centeno y el jarro de vino. Entabló conversación con el ama de casa, no habiendo querido los señoritos sentarse ni probar cosa alguna, porque les divertía más presenciar la cómica escena y oír, cruzando ojeadas y risas, la plática donosa que avivaban con sus preguntas. Estaba de buen humor el vejete, como siempre que terminaba felizmente una operación y se veía con el pichel de

mosto delante. A las quejas de la Sabia, que se lamentaba de las enfermedades de los animales con tono de abuela cuando deplora achaques de sus nietos, respondía jocosamente el algebrista que, si no tuviese *una riqueza* en ganado, no se le pondría el ganado enfermo nunca?

—¿A que á mí no se me mueren las vacas? En no las teniendo... catá.

La bruja respondía á tan atinada observación con otra muy filosófica y cristiana:

—Todos habemos de morir, si Dios quiere.

De tal respuesta tomó pié el algebrista para procurar insinuarse, hablando del bocio de la vieja, y comprometiéndose á extirpárselo con tanta prontitud como el tumor de la vaca, *fuera el alma*. Contó que precisamente acababa de realizar la misma operación en un labrador rico de Gondás. De cuatro ó cinco tajos de navaja *zis, zas!* (y al decir *zis, zas* pasaba el dedo por delante del cuello deforme de la Sabia) le había sajado el bocio perfectísimamente, plantándole, para atajar la *morrhagia*, un emplasto donde se mixturaban trementina, diaquilón, confortativo, minio, litargirio, incienso, pez blanca, pez dorada y pez negra...

—Vamos, pez de todos los colores—dijo Perucho riendo.

—No haga burla, señorito, no haga burla... Pues emplasto fué aquel que apretó, apretó, apretó (y el algebrista cerraba y apretaba el puño con toda su fuerza) y á los quince días...

—¿Al camposanto?

—¡Quedó como si tal cosa, más contento que

un cuco! ¡La sabiduría puede mucho, señorito!

La bruja no se resolvía á empecinarse. Tantos años con aquello, y al fin *ibá durando*: luego no era cosa de muerte. Los animales... no tienen que ver con las personas: si no se cuidan y se asisten, ni trabajan, ni dan leche, ni... En vista de que allí no necesitaban médico las *personas humanas*, el algebrista, después de dejar temblando el jarro, sacó el pitillo que llevaba tras la oreja, encendiólo en las brasas del lar, se terció la chaqueta, y con andar más que nunca dificultoso, tomó el camino del valle.

Acompañóle la pareja, divertida con su charla. Era el señor Antón uno de esos personajes típicos, manifestación viviente, en una comarca, de los remotos orígenes y misteriosas afinidades étnicas de la raza que la habita. En el país se contaban muchos que ejercían la profesión de *algebristas*, componiendo con singular destreza canillas rotas y húmeros desvendados, reduciendo luxaciones y extirpando sarcomas, merced á no sé qué ciencia infusa ó tradición comunicada hereditariamente, ó recogida de labios de algún *compostor* viejo á quien el mozo había *tomado los moldes*; pero ninguno tan acreditado y consultado en todas partes como el *atador de Boán*, que tenía fama de poner la ceniza en la frente á los médicos de Orense y Santiago, habiendo persona que vino expresamente desde Madrid, cuando todavía se viajaba en diligencia, á que el señor Antón le curase una fractura. No desvanecían al vejete las glorias científicas; pero

si le daban pretexto á descuidar la labranza de sus tierras y entregarse á sabrosa vagancia cotidiana por riscos y breñas. Con su chaquetón al hombro en el verano, su montecristo de pardomonte en invierno, y siempre el pitillo tras la oreja, la chistera calada sobre el pañuelo, el paraguas colorado bajo el brazo y el libro grasiento en la faltriquera, recorría haciendo eses los senderos del país, sintiendo en la cabeza y en la sangre la doble efervescencia del aire puro y vivo de la montaña y de la libación de mosto ó aguardiente hecha á los dioses lares de cada enfermo. La atmósfera candente, el cierzo glacial, las claras mañanas primaverales, las templadas noches, la borrasca, la bonanza, le tenían seco y oreado como un fruto de cuelga, como esas manzanas tabardillas cuya piel se arruga y contrae y adoba más que el mejor pergamino; y también, lo mismo que en ellas, la pulpa se concentraba guardando toda su virtud y sabor. No había viejo mejor conservado, más templado y *rufo* que el señor Antón: asegurábanlo las mozas trocando maliciosos guiños, y lo confirmaban los mozos haciendo con la mano alzada y el pulgar inclinado hacia la boca el ademán del que se atiza un buen traguete. Nunca se le encontraba que no estuviese bajo la alegre influencia del jarro, ó del sol, que tenía la virtud de hacerle fermentar en las venas la reserva de espíritus alcohólicos. Entonces se desataba su locuacidad, y le gustaba sobre todo platicar con los curas ó con los aldeanos viejos y du-

chos, en quienes, á falta de instrucción, la experiencia de una larga vida ha desarrollado cierta inteligencia práctica, haciéndoles depositarios del caudal del saber popular, ancho cauce de arena donde á trechos brilla alguna partícula de oro ó algún diamante en bruto. El señor Antón tenía su filosofía allá á su modo, mitad bebida en tres ó cuatro librotos viejos, en tomos descabalados de Feijóo, en el *Desiderio y Electo*, mitad inspirada por el espectáculo y la sugestión incesante de la madre naturaleza, de árboles y estrellas, ríos y nubes. En su cráneo estrecho y prolongado, verdadero cráneo céltico, bullían á veces viejas ideas cosmogónicas, pocetos confusos de panteísmo y restos de cultos y creencias ancestrales. Por lo cual, al meterse en honduras, solía decir muchos y muy peregrinos despropósitos, mezclados con dictámenes y apotegmas que sorprendían al verlos salir de aquella boca plegada como la jareta de un bolsón, envueltos en vaho aguardentoso y subrayados por la risa de polichinela que establecía inmediata comunicación entre su nariz y su barba.

Encontrándole más alumbrado que de costumbre, moriase Perucho por tirarle de la lengua, y le seguía, llevando el dedo meñique enganchado en el de Manuela y columpiando el brazo á compás, por hábito inveterado de contacto cariñoso.

Chupaba el señor Antón su apestoso papelito, sumiendo la boca de tal manera, que, más que con los labios, parecía aspirar el

humo con la laringe. Al mismo tiempo iba filosofando sobre las enfermedades, la vejez y la muerte.

—¡Mire, señorito, que esto de estar enfermo (aquí un traspies) le tiene su aquél, ¡carraspo! Lee uno en libros, á lo mejor, que el hombre es, como quien dice, un gusano, y viene la soberbia, y replica:—No, gusano no, que yo tengoó (ahuecó la voz enfáticamente) lo que no tiene un gusanooooó! ¡Pero llega la enfermedad, *maina mainita* (y remedaba los movimientos del que se acerca muy cautelosamente á otro). y ya no se diferencia el *verme* del hombre... ¡carraspo! Porque, díganme: ¿uso yo una navaja para *estripar*, con perdón, las *tumificaciones* de las vacas, y otra para las personas humanas? No, señor, que uso la misma, que aquí la llevo en el bolsillo (y se golpeaba con fuerza el pecho). El emplasto ó la cataplasma, ¿se mixturán de otro modo? ¡No señooooor! y en vista de ello...

—¿Resulta, señor Antón, que á V. no le parece diferente un buey de un cristiano? ¿Eh? ¿V. y yo valemos tanto como un jumento?

—¡No sea tan *materialista*, señorito, carraspo!... Son poquitos los que se hacen cargo de estas cosas *perfundas*... ¡Hay que abrir el ojo! ¿Tiene ahí un mixto? Se me apaga el condenado del pitillo. Estimando la molestia... Vamos al decir de que la gente como V. y como yo, y las bestias, dispensando vustedes, padecen de los mismos males, y en la botica no hay diferencias de remedios, y la vida se les viene y se les va

del mismo modo, y todos pasan su tiempo de chiquillos, porque los perritos pequeños lloran y enredan como las criaturas, y luego á las personas humanas les llega la de andar tras de las mozas, y andan que *tolean*, y también los perros se escapan de casa para perseguir á las perras, con perdón, y las buscan, y riñen por causa de ellas, y las obsequian como los señoritos á las señoritas... ¡Carraspoó!

Al llegar á este punto el discurso del atador, Pedro soltó los dedos de Manuela para reír á carcajadas, y la montañesa le acompañó, sofocando la risa en la boca con la punta del pañuelo.

—Pero eso ya se sabe, señor Antón... ¡Vaya unas noticias que da! ¡Fresquitas!

—Poco y poco, poco y poco... (Se ignora si el algebrista lo decía pensando en que el camino tenía muchas piedras y él más vino en el estómago, ó siguiendo la ilación de su tesis trascendental.) Vamos á la *custión*... Digo, señorito, y no miento: un hombre *valerá*, estamos conformes, más que los animales; pero poder... Vaya, poder, no puede más que un buey; y cuando le llega la de cerrar el ojo, aunque sepa más que el rey Salimón, lo cierra... y abur. ¿Lo cierra ó no, señorito?

—Según y conforme... También los hay que se quedan con él muy abierto—murmuró Pedro para hacer rabiarse al atador.

—Demasiado nos entendemos...—articuló éste escupiendo, por el sitio en que algún día tuvo los colmillos, un chorro de saliva negruzca,

cuya proyección cortó limpiándose el agujero de la boca con el dorso de la mano. Señorito, escuche y perdone.—¡A lo que me da que pensar, carraspo! Esto del nacer, y del morir, y del enfermarse, y del comer, y del beber, ¡atención! (hizo aquí una ese más arqueada que ninguna), es un... un... un aquel que puede más que los animales y los hombres juntos, á modo de una *endrómene* muy grande, muy graaaande...

El algebrista tendía la mano y la giraba en derredor, señalando con amplio ademán circular la profundidad del valle de Ulloa, el anfiteatro de montañas que lo cierra, el río que espumaba cautivo en la hoz, todo lo cual se dominaba desde el sendero alto y escarpado. Pedro y Manuela, que habían vuelto á enganchar los dedos por instinto, miraban hacia donde apuntaba el viejo, tratando de comprender la idea rebozada en báquicos vapores que desde el cerebro del señor Antón descendía trabajosamente hasta su lengua.

—Tan grande—añadía, extendiendo ya los dos brazos para mejor expresar la inmensidad—que me parece á mí, señorito, con perdón, que es tan grande como el mundo... ¡Más aún, carraspo!

—¿Más que el mundo? ¡Quieto, vino, quieto!—exclamó Pedro, significando que por boca del algebrista hablaba la borrachera.

—Más aún, si señor. ¿De qué se pasma? Demasiado nos entendemos. Un hombre *ha leído* algo... ¿Tiene otro mixto? Disimule.

—Ahí va la caja. ¿Con que se ha leído mucho? Una sonrisa orgullosa dilató los plieguecillos de la consabida jareta.

—El saber, como dijo el otro, no ocupa lugar... No se burle, señorito, no se burle... ¿Demasiado tendrá V. leído lo que llaman el Trato... el Trato?...

—¿Alguna comedia?

—¡Comedia! Lo compuso un fraile, hablando con respeto... un fraile de esta tierra, con más sabiduría que todos los de España y del mundo entero juntos... Pues allí dice, ¡sí, señorito! que las estrellas del cielo son como nosotros... ¡con perdón! como este universo-mundo de acá... y que también allí nacen, y mueren, y comen, y andan atrás de las muchachas...

Al llegar aquí guiñó picarescamente el algebrista el ojo izquierdo á la bóveda celeste, y como si obedeciese á un conjuro, el hermoso lucero de Venus comenzó á rielar con dulce brillo en el sereno espacio.

—¡Hay que desengañarse, hay que desengañarse! —prosiguió el viejo moviendo la cabeza que, al oscilar sobre el seco pescuezo, parecía una pasa pronta á desprenderse del rabo.—Por muchas vueltas que se le dé, esta cosa grande, grande, grandísima (y reiteraba el ademán de abarcar todo el valle con los brazos), puede más que usted, y que yo, y aquel, y que todos, ¡carrapiche! Yo me muero, verbo en gracia; bien, corriente, sí, señor; ¿y después? La cosa grande se queda tan fresca. Yo me divertí; de mis carnes se crían repollos, y patatas, y toda

clas de hortalizas; pero ya propiamente no soy nada... ¿me entiende?

—¿También de mi cuerpo se han de criar repollos? —preguntó Manolita.

—¡Y juy juy! —relinchó el algebrista, trompiándose en una piedra por culpa del arrechucho de galantería que le entró. — Del cuerpo de las señoritas buenas mozas se criará espliego, rositas de Mayo...

Adoptando de nuevo su gravedad filosófica, añadió:

—Pero no se ponga hueca... Le es igual... igualito... Qué más tiene volverse chirivía ó malva de olor, carrás... ¿Quiérese decir que las estrellas del cielo, y las tierras, y el *mainzo*, y el cuerpo de usted, y el mío, y el del Papa, con perdón, y el espliego, y los repollos, y las vacas, y los gatos, es todito lo mismo, disimulando usted, y no hay que andar escoge de aquí y escoge de allí?... Todo lo mismo, señorita, todo lo mismísimo... ¡La cosa grande!

Al llegar aquí de su perorata le besó un canto en la espinilla, y llevóse la mano á la pierna, exhalando un ¡ay! doliente; pero al punto mismo, después de refregarse la parte dolorida y tirar con rabia del cigarro, que se apagaba de vez, volvió á su tema, balbuciendo con lengua todavía más estropajosa:

—La co... la cosa grande... se ríe de todo, sí, señor, de todo... Allá anda, carraspo... haciendo la burla á quien nace... y á quien muere... y á los que buscamos las mo... mozas... de rumbo... ¡juy! La cosa... g... gran... no nació en ja-

más... ni se ha de morir... Buena gana tiene... A cada a... ño... está... más... fres... frescacho-na... ¡juj! vivan las rap... rapazas... ¡Arde, cigarro; arde, condenado, si quieres, que... te... par... to!...

—Echemos por las viñas, Manola—dijo Pedro á su compañera.—El algebrista va hoy como un templo. Ya no se le sacan del cuerpo sino barbaridades.

—¿Y si tropieza y cae al río?

—¡Qué disparate! Estaría muerto ya un millón de veces, mujer, si fuese capaz de caerse. Anda así toda la santa vida.

## IV

**L**IBRES ya del atador, tomaron un sendero más practicable, que por entre tierras labradas y viñedos conducía al gran castañar del solariego caserón de Ulloa. Aunque la luna, en cuarto creciente, dibujaba ya sobre el cielo verdoso una fina segur, todavía la claridad del crepúsculo permitía registrar bien el paisaje; pero al ir entrando bajo la tenebrosa bóveda formada por el ramaje de los castaños, se encontró la pareja envuelta en la obscuridad, y en no sé qué pavoroso y sagrado, y fresco y solemne, como el ambiente de una iglesia. El suelo estaba seco y mullido, como suele estar en verano

el de los bosques, y el pié lo hollaba con placer. No se oía más ruido que el rumor de las hojas, melodioso como una música distante de la cual apenas se percibe el acompañamiento. Instintivamente, Pedro y Manuela se aproximaron el uno al otro, y sus dedos se engancharon con más fuerza; pero el sentimiento que ahora los unía no era el mismo que allá en la gruta, sino una especie de comunión de los espíritus, simultáneamente agitados, sin que ellos mismos los comprendiesen, por las ideas de muerte, de transformación y de amor, removidas en la grosera plática del vejete borracho.

—¡Perucho!—murmuró ella alzando el rostro para mirar el de su compañero, que en aquella sombra veía pálido y sin contornos.

—¿Qué quieres?—contestó él sacudiéndole el brazo.

—¿Qué me dices de todo eso?... ¡Cuántas bobadas echó por aquella boca el señor Antón!

—Está peneque, y chocho además.

—¿Me volveré yo rosa? ¿Malvita dé olor?

—No tienes que volverte... Ya Dios te dió rosa y clavel, y cuantas flores hay.

—No empieces á meterte conmigo... ¡Que me enfado! ¿Y eso que dice de una cosa muy grande, que está en el cielo, y en la tierra, y en todos los sitios?

—Muchos ratos también se me pone á mí aquí—murmuró Pedro deteniéndose y señalando á la frente—que hay una cosa muy grande... ¡y tan grande!... Mayor que el cielo. ¿Sabes dónde, Manola? ¿A que no lo aciertas?

—¿Yo qué sé? ¿Soy bruja, ó echo las cartas como la Sabia?

El mancebo le tomó la mano, y la paseó por su pecho, hasta colocarla allí, donde, sin estar situado el corazón, se percibe mejor su diástole y sístole.

—¡Aquí, aquí, aquí!—repitió con ardiente voz, oprimiendo como para deshacerla la mano morena y fuerte de la muchacha, que se reía, tratando de soltarse.

—Majadero, brutiño, que me lastimas.

La soltó, y ella siguió andando delante en silencio. De cuando en cuando se percibía entre las hojas el corretear de una liebre, ó resonaba el último gorjeo de un ave. A lo lejos arrullaban roncamente las tórtolas, bien alimentadas aquellos días con los granos caídos en los surcos del centeno. También se escuchaba, dominando la sinfonía con sordina del follaje, el gemido de los carros que volvían cargados de haces de mies á las eras.

—Manola, no corras tanto...—exclamó Pedro con voz tan angustiada como si la chica se le escapase.— ¡Ave María, mujer! Parece que te van persiguiendo los canes. ¿Tienes miedo?

—No sé á qué he de tener miedo.

—Pues entonces, anda á modo, mujer... ¿Qué diversión se nos pierde en los Pazos? ¡Mira que es bonita! Padrino estará fumando un cigarro en el balcón, ó viendo cómo arreglan las *medas*; mamá por allí, dando vueltas en la cocina; papá en la era, eso de fijo... las chiquillas ya

dormirán... ¡va buena que dormirán! ¡Oye, chica, la mano!

Trabáronse como antes por los dedos meñiques, y continuaron andando no muy despacio. El bosque se hacía más intrincado y oscuro, y á veces un obstáculo, seto de maleza ó valla de renuevos de árboles, les obligaba á soltarse de los dedos, á levantar mucho el pié y tentar con la mano. Tropezó Manola en el cepo de un castaño cortado, y sin poderlo evitar cayó de rodillas. Pedro se lanzó á sostenerla, pero ella se levantaba ya soltando la carcajada.

—¡Vaya una montañesa, que tropieza en cualquier cosa como las señoritas del pueblo! Por el afán de correr. Bien empleado.

—Pero si no se ve miaja. Rabio por salir pronto de aquí.

—Para irte á la cama. ¿eh? ¿Para dejarme solito?

—Podías dar un repaso á los libros, haragán.

—Mujer... ¡para cochinos tres meses que tiene uno de vacaciones! Yo antes pasaba contigo todo el año... ¿no te acuerdas? Siempre, siempre andábamos juntos... ¡Qué vida tan buena! Y bien aprendíamos reunidos, más de lo que aprendo ahora en clase... ¡Apenas tenemos leído libros de la estantería! ¿Te acuerdas cuando te enseñé las letras por uno que tiene estampas?

—Pero de la mitad nos quedábamos á oscuras. De muchos sólo mirábamos las estampitas, aquellos monigotes tan descarados.

—Bueno, el caso es que estábamos más contentos, ¿eh? Yo al menos. ¿Y tú?

Calló la niña montañesa, tal vez porque un haz de arbustos nuevos y un alto zarzal le cerraban el paso. Tuvieron que retroceder y buscar entre los castaños la senda perdida.

—¿No me contestas? ¿Vas enfadada conmigo?

—No hay humor de hablar mientras esté uno en estas nebruras.

—Y después que salgamos al camino de la era, ¿me das palabra de que rodearemos por los sembrados?

—Sí, hombre, sí.

—¿Manola?

—¿Quéé?

Deslizábase á la sazón la pareja por un estrecho pasadizo de troncos de castaño, que apenas daba espacio á una persona de frente. La obscuridad disminuía; acercábanse á la linde del bosque. La niña alzó los ojos, vió la cara de su compañero, y acompañó la interrogación de fingido mal humor con una sonrisa, y entonces él se inclinó, le echó las manos á la cabeza, y con una mezcla de expansión fraternal y vehemencia apasionada, apretóle la frente entre las palmas, acariciándole y revolviéndole el cabello con los dedos, al mismo tiempo que balbucía:

—¿Me quieres, eh? ¿me quieres?

—Sí, sí— tartamudeaba ella casi sin aliento, deliciosamente turbada por la violencia de la presión.

—¿Como antes? ¿Como allá cuando éramos pequeñitos, eh? ¿Como si yo viviese aquí?

—¡Ay! me ahogas... me arrancas pelo—murmuró Manola, exhalando estas quejas con el mismo tono que diría:—Apriétame, ahógame más.—No obstante, Pedro la soltó, contentándose con guiarla de la mano hasta que salieron completamente del bosque, y en vez de árboles distinguieron frente á sí el *carretero* que llevaba en derechura á la era de los Pazos. Pero el mancebo torció á la izquierda, y Manola le siguió. Iban orillando un sembrado de trigo, que en aquel país abundan menos y se siegan más tarde que los de centeno. Si á la luz del sol un trigal es cosa linda por su frescura de égloga, por los tonos pastoriles de sus espigas, amapolas, cardos y acianos, de noche gana en aromas lo que pierde en colores, y parece perfumado colchón tendido bajo un dosel de seda bordado de astros. Convida á tomar asiento el florido ribazo alfombrado de manzanillas, cuya vaga blancura se destaca sobre la franja de hierba; y allá detrás se oye el susurro casi imperceptible de los tallos que van y vienen como las ondas de una laguna.

Dejóse caer Manola en el ribazo, sentándose y recogiendo las faldas, y Pedro se echó enfrente de ella, boca abajo, descansando el rostro en la mano derecha. Así permanecieron dos ó tres minutos, sin pronunciar palabra.

—Debe de ser muy tarde—articuló la muchacha, agarrando algunos tallos de trigo y empuñándolos para sacudir las espigas junto á la cara de Pedro.

—Silencio... ¿No te da gusto tomar el fresco,

*Ichuchiña?* Esta tarde no se paraba con el caor. ¿O tienes sed?

—No— contestó lacónicamente.

Transcurrió un momento, durante el cual Manola se entretuvo en arrancar una por una flores de manzanilla, y juntarlas en el hueco de la mano. Al fin la impacientó el obediente mutismo de su compañero.

—¿Qué haces, babeco?

—Te estoy mirando.

—¡Vaya una diversión!

—Ya se ve. Como á ti ahora te ha dado por no mirarme. Parece que te van á enfermar los ojos si me miras. Te has vuelto conmigo más brava que un tojo.

Ella, arisca y muda, siguió arrancando las manzanillas silvestres. Un céfiro de los más blandos que jamás ha cantado poeta alguno; un sopro que parecía salir de labios de un niño dormido, pasando luego por los cálices de todas las madre selvas y las ramas de todas las mentas é hinojos, se divertía en halagarle la frente, inclinando después las delgadas aristas de la espiga madura. A pesar de sus fingidas asperezas, Manola sentía un gozo inexplicable, una alegría nerviosa que le hacía temblar las manos al recoger las manzanillas. Con todo el alborozo de una chiquilla saboreaba la impresión nueva de tener allí, rendido, humilde y suplicante, al turbulento compañero de infancia, el que siempre *podía más* que ella en juegos y retozos, al que en la asociación íntima y diaria de sus vidas representaba la fuerza, el

vigor, la agilidad, la destreza y el mando. Al sentirse investida por primera vez de la regia prerrogativa femenina; al comprender claramente cómo y hasta dónde le tenía sujeta la voluntad á su Pedro, se deleitaba en aparentar mal humor, en torcerle el gesto, en llevarle la contraria, en responderle secamente, en burlarse de él con cualquier motivo, encubriendo así la mezcla de miedo y dicha, el ímpetu de su sangre virginal, ardorosa y pura, que se agolpaba toda al corazón, y subía después zumbando á los oídos, produciéndole deleitoso mareo al oír la voz de Pedro, y sobre todo al detallar su belleza física. Justamente, mientras corría aquel tan halagüeño céfiro, Manuela se absorbía en la contemplación de su amigo, pero de reojo. La luminosa transparencia de la noche permitía ver los graciosos rizos del mancebo cayendo sobre su frente blanca y tersa como el mármol, y distinguir la lindeza de sus facciones y de sus azules ojos, que entonces parecían muy oscuros.

—¿Cómo me querrá tanto, siendo yo fea?— decía para sus adentros Manola; y de repente, cogiendo todas las manzanillas, se las arrojó al rostro.

—A casa, á casa en seguida, que son las tantas de la noche—murmuró arrodillándose, como si la costase trabajo incorporarse de una vez. Ya estaba allí Pedro para auxiliarla. Cuando eran chiquillos solía dejarla en el atolladero por algún tiempo hasta que pidiese misericordia, y reirse descaradamente de sus apuros.

33685  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MEYES"  
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

Ahora no se atrevería á hacerla rabiar: él era el esclavo.

Volvieron á tomar el sendero. A poco se encontraron en la era, vasto redondel cercado por una parte de estrecha muralla y de manzanos gibosos. Por la otra, sobre el cielo estrellado, se destacaba la cruz del hórreo, y más arriba subían las ramas inmóviles de una higuera. Alredor, las *medas* ó altos montículos de mies remedaban las tiendas de un campamento ó la ranchería de una aldea india. Ya no había allí nadie: por el suelo quedaban todavía esparcidos algunos haces de la cosecha del día.

Un perro, ladrando hostilmente, se abalanzó contra la pareja; mas al reconocerla, trocó los ladridos de cólera en delirantes aullidos de alegría, se echó al suelo, se revolcó, gimió, y, por último, zarandeando la cola de un modo insensato, con la lengua fuera de las fauces, trocando sobre la seca hierba del sendero, y volviéndose á cada segundo, los precedió hasta los Pazos de Ulloa.

## V

**S**UBÍA la diligencia de Santiago el repecho que hay antes de llegar á la villa de Cebre. Era la hora de mayor calor, las tres de la tarde. La persona de más duras entrañas se com-

padecería de los viajeros encerrados en aquel cajón, donde si toda incomodidad tiene su asiento, el que lo paga suele contentarse con la mitad de uno.

Venía atestado el coche, que era de los más angostos, desvencijados, duros y fementidos. En el interior, hombro contra hombro del vecino del lado, é incrustadas las piernas en las del frontero, se acomodaban cinco estudiantes de carrera mayor en vacaciones, una moza chata, portadora de un cesto de quesos, el notario de Cebre, y la mujer de un empleado de Orense, con el apéndice de un niño de brazo. La atmósfera del interior era sol, sol disuelto en polvo, sol blanquecino, crudo, implacable, centuplicado por la obscura refracción de los puercos vidrios, que ningún viajero osaba bajar, por temor de ahogarse entre la polvareda. La respiración se dificultaba: gotas de sudor rezumaban de los semblantes, y moscas y tábanos—cuyo fastidioso enjambre había elegido allí domicilio—se agolpaban en los pescuezos y jabios, chupándolas. No había modo de espantar á tan impertinentes bichos, porque ni nadie podía revolverse, ni ellos, enconados por el ambiente de fuego, soltaban la presa á dos tirones. Al desabrido cosquilleo del polvo en las fosas nasales se unía el punzante mal olor de los quesos, y aun sobresalía el desapacible tufo del correaje y el vaho nauseabundo tan peculiar á las diligencias como el olor del carbón de piedra á los vapores. A despecho de todas estas molestias y otras muchas propias de seme-